

ELOGIO DE  
D. ANTONIO HERMOSILLA MOLINA

*Por RAFAEL MANZANO MARTOS*

Conocí hace algo más de un tercio de siglo a Antonio Hermosilla Molina, cuando era Hermano Mayor de la Piadosa Cofradía y Hermandad del Cristo de la Misericordia, más conocida por su nombre popular de “Santa Cruz”, y cuando andaba complicado en mil proyectos cofrades, de altos vuelos, y escasos fondos para llegar a hacerlos posibles. Entre ellos creo que provocó nuestro primer encuentro su deseo de labrar en un paredón de la Plaza de la Alianza que cierra el huertecillo del Convento de la Encarnación, un retablillo cerámico con los que tantas hermandades prestan culto en la vía pública a sus imágenes titulares. Me ocupaba yo en aquellos tiempos, como miembro de la Comisión de Monumentos del ornato público de la ciudad y creo que fue en el Archivo del Alcázar y de la mano de su Administrador, Antonio Ortiz, nuestro primer encuentro, inicio inolvidable de una ya hoy vieja amistad, sólo truncada por el dolor de su muerte.

Antonio Hermosilla era médico de la Beneficencia Municipal, por lo que por entonces nos unían vínculos funcionariales al servicio del Ayuntamiento de Sevilla, y yo en aquella ocasión quise ayudarle en su demanda para labrar un retablo urbano más arquitectónico que los habituales labrados en cerámica, que dieron argumento a aquel muro construido con ocasión de la apertura de la calle de la Alcazaba, dedicada luego a Joaquín Romero Murube, y en el que yo planteaba encajar una hornacina acristalada con

el Santo Cristo de bulto que consideraba más en la línea con la tradición del Barrio de Santa Cruz, aunque al final triunfó el deseo cofradiero a favor del azulejo.

Allí, en aquellos días, conocí al Antonio Hermosilla cofrade de Santa Cruz, y aprendí mucho de la vida de una hermandad sevillana.

¡Médico de barrio! ¡Y de qué barrio de Sevilla! Aquella casa de la Plaza de Doña Elvira supo mucho de los dolores físicos del entorno. Recuerdo bien a Antonio con un grupo de amigos entre los que me contaba, asistiendo en sus últimos días a aquel sacerdote venerable del barrio y Director de esta Academia, que fue Don José Sebastián y Bandarán en su mínima morada de la Calle de la Pimienta con un sentido auténtico de la medicina que sabe más de curar por el poder de la palabra que por la fuerza de los fármacos y venenos.

Tenía entonces su modesta consulta a pocos pasos de su casa, y junto a la mía, que era la del Director Conservador del Alcázar, en esa encrucijada de la Calle de la Vida en que una cancela de hierro y unos fustes con cadenas marcan el límite de la jurisdicción y fuero de aquel regio edificio.

Era un patio de Sevilla pequeño, aseado, pulcro, donde recuerdo que en su única galería sin columnas, y con un simple dintel leñoso, existía de antiguo un valioso relieve gótico en alabastro. Arriba vivía una hermana suya. Abajo estaba su consulta, estrecha y alta, un tanto agobiada por las estanterías de libros de una copiosa biblioteca que marcaban su personalidad de médico humanista sevillano. Porque la sevillanía existe, y comporta un estilo específico, una forma de ser y de hacer distintas y distintivas, que un día, el de su ingreso, analizó magistralmente nuestro hermano José María Javierre en este mismo aula.

Allí íbamos todos sedientos de cura. A Concha, mi mujer, le ponía periódicas infiltraciones. Allí hablábamos de todo, de disgustos y politiqueos, de su cofradía, de las cosas de la ciudad, también de Academias.

Porque Antonio era, ya por entonces, además de un gran traumatólogo, académico de la Real de Medicina de Sevilla, que en aquel tiempo se alojaba, con poca prestancia y en edificio insuficiente, en unos locales cedidos por el Gobierno Civil en la

Plaza de España. Allí fui con él y quedé impresionado por la espléndida colección pictórica de la Academia hermana y, con la ayuda generosa del entonces Director General de Bellas Artes, Florentino Pérez Embid, conseguimos sacar a flote el proyecto de terminación de esta casa de los Pinelo, y la construcción de nueva planta de la Real de Medicina, cuyo salón de actos era un homenaje arquitectónico a la colección de retratos de reyes que presiden sus sesiones solemnes. Tres académicos de Buenas Letras pusieron especial empeño en aquellas obras: Antonio Meneses, que seguía día a día los trabajos, Antonio Hermosilla, que fue animador constante de mis esfuerzos, y don Gabriel Sánchez de la Cuesta, que, como Director de aquella institución, constituía la parte económica y conflictiva de aquella comisión.

Antonio fue en aquella época el casi único historiador de la medicina en Sevilla. Recuerdo que le suministré algunos lotes de documentos de fines del siglo XIX relativos a las epidemias de cólera y de fiebre amarilla que tenía yo de procedencia familiar, y que siempre me habían interesado desde mi niñez, pues estos males endémicos de la época eran el trasfondo patológico de los *Episodios Nacionales* que habían sido alimento literario de mi infancia.

Era lógico que aquel médico, historiador, traumatólogo y cofrade sevillano, enamorado de nuestra Semana Santa -su Semana Santa- dedicara su más importante obra literaria y científica al estudio de la pasión "según Sevilla", bajo el título de *La Pasión de Cristo vista por un médico*, en la que analizaba desde el punto de vista médico-anatómico la impresionante serie iconográfica pasionista de los grandes maestros estatuarios sevillanos del siglo XVII y de la larga escuela de sus seguidores y epígonos hasta nuestros propios días.

Me contaba que para estudiar sobre el cadáver los efectos de una crucifixión consiguió en la facultad de medicina unas extremidades humanas que llevaba con unos discípulos en un Seat 600 al lugar del experimento anatómico y que, por el camino, tuvieron un pequeño accidente con el vehículo sin mayores consecuencias. A él le divertía contarnos la hipótesis de que se hubiese producido un accidente mortal y el juez, al levantar los cadáveres, se hubiese encontrado un superávit de extremidades humanas.

La presentación del libro en el Salón Real del Hotel Alfonso XIII creo que fue uno de los días estelares de su vida. Consiguió interesar en la obra a mi maestro Fernando Chueca, que hizo brillantísima oratoria en tema que no era ciertamente de su especialidad, pero en la que nos dio una visión personalísima, atrevida, interesante, original, de fuerte garra testimonial y teológica de la Semana Santa sevillana.

Antonio Hermosilla era profundamente humano y divertido. Era, además, un trabajador tremendo. Tenía una numerosa familia en torno a sí, presidida por una gran mujer, Esperanza, que aportó al hogar numerosa prole. Como tantos médicos, cada hora del día correspondía a un consultorio, a un dispensario, a un determinado servicio sanitario de pública beneficencia. Todo eso y más, pienso que era necesario para sacar a flote a tan abundante descendencia, que constituía sin duda su mejor corona. Y ello nos obliga a valorar aún más el esfuerzo añadido para alargar el día en aficiones literarias. Esa imagen familiar y relajada quisiera evocarla en días calurosos de verano con luz de mar de Chipiona.

También nuestra Academia, y muy mercedamente, le abrió un día sus puertas para asistirnos con su presencia, con su amistad, con su fortaleza espiritual, con sus leyendas de la Sevilla moderna con que nos deleitaba en inolvidables tertulias académicas.

Antonio fue el último médico humanista que nos ilustró en esta Casa con su presencia. Y quisiera recordar aquí a los que le precedieron en dicha condición, como Antonio González Meneses, Sebastián García Díaz, Gabriel Sánchez de la Cuesta y José Romero Escassi. Hoy felizmente contamos de nuevo, en la persona de nuestro electo, Juan Ramón Zaragoza Rubira, con ese imprescindible componente de nuestra corporación que es el médico ilustre e ilustrado.

Tuve el gran disgusto de no poder asistir a su toma de posesión, pues coincidía con otra en la Real Academia de San Fernando de Madrid, en la que tenía yo que contestar a un compañero, pero sí le pude acompañar en la inauguración de la nueva sede del Ateneo, en la que volvió a contar con la presencia de mi maestro, Fernando Chueca Goitia, para dar la lección magistral de aquel acto, y que fue quizá también el último día grande de su

vida, que coronaba su último esfuerzo al servicio de la cultura sevillana, y también su última gran aventura vital.

Joven, tremendamente joven, pues lo era de espíritu, ha muerto Antonio Hermosilla. Ha muerto, como vivió, santamente, orando en una iglesia sevillana, ignorando que aquella oración suya era la última y postrimera. Sin saber que aquella comunión que recibía se la concedía Dios como viático para el viaje definitivo.

Pienso que, como ante Don Rodrigo Manrique, la muerte se inclinó ante él, respetuosa, como correspondía ante un hombre sabio y santo, y que también le murmuraría como al maestro de Santiago: *Buen Caballero...* y Antonio la aceptaría con la profunda fe que le acompañó durante su vida:

*Yo acepto tu decisión  
con libertad soberana,  
clara e pura.  
Que querer hombre vivir  
cuando Dios quiere que muera,  
es locura...*